

RESUMEN DE ARQUITECTURA

REVISTA DE LA

Sociedad Central de Arquitectos.

AÑO XXVI.

Madrid 1.º de Septiembre de 1899.

NÚM. 9.º

SUMARIO

Crónica: Lampérez. — Breves reflexiones acerca del concepto actual del arte Arquitectónico: Vega y March. — Otra leyenda: E de A. — Proyecto de saneamiento de Murcia: García Faria. — Sección oficial. — Vacante. — Información.

CRÓNICA

La vida nacional atraviesa un período de espectación intranquila y dolorosa. Pendiente de las reformas económicas, que han de discutirse en el próximo otoño, todo parece tener un carácter provisional y transitorio. El negociante para sus especulaciones, el industrial para sus empresas, el contratista para sus negocios, el empleado para su porvenir y tantos más, esperan esas decisiones gubernamentales que van á cambiar leyes, reglamentos y plantillas. Y por cima de esta indecisión, flota un miedo latente á algo indefinido y vago, que juntándose á la atonía general, crea un estado de malestar positivo que se refleja en la paralización absoluta de todo trabajo fructífero y eficaz.

x x

Por si no fueran bastante las causas citadas, la cuestión sanitaria ha venido á agravarlas. Tiene ésta un aspecto *urbano* que la relaciona por modo directo con nuestra profesión. Por lo que á Madrid respecta, pone de nuevo sobre el tapete las medidas relativas á la higiene de las viviendas, reglamentada por el bando del último Alcalde, Sr. Conde de Romanones. ¿Quién cumplió sus decretos? Apenas media docena de casas (la Embajada inglesa en la calle de Torija, la núm. 4 de la de Olózaga, la 6 de la de los Donados y alguna otra) pueden ostentar en sus fachadas la honrosa chapa.

Pero en las restantes el bando continúa incumplido. Verdad es que acaso sus preceptos pequen de poco estudiados; pero también es verdad que nadie se ha ocupado de procurar su modificación. Y al divisarse el peligro de una epidemia, las autoridades recuerdan por breves momentos que las cuestiones de alcantarillados, hospitalización, higiene de las viviendas, etc., etc., son de capital importancia. Pero el asunto se olvida pronto, y así continuamos y continuaremos, viviendo de la misericordia divina y creyendo que somos un país culto, porque así lo aseguran algunos tratados de Geografía, mal informados, y que ignoran que aquí ni las autoridades saben mandar ni los ciudadanos obedecer.

x x

Gijón, la industriosa ciudad asturiana, celebra una Exposición que es un éxito para la comarca. Todos los periódicos alaban justamente las bellas construcciones oficiales que en el certamen se admiran, y tributan merecidos elogios al arquitecto Sr. Marín y Magallón que las ha proyectado y dirigido. Ocasión es ésta de unir los nuestros á los ya emitidos, felicitando al distinguido profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Gijón.

x x

Todas las naciones se preparan á concurrir al gran certamen que ha de celebrarse en París el año próximo. Italia tiene ya formado el proyecto de su pabellón oficial, obra de los arquitectos Ceppi, Gilodi y Salvadori.

Es de estilo gótico-italiano con reminiscencias bizantinas; es decir, que sus autores se han inspirado en la basílica de San Marcos y en el palacio de los Ducs de Venecia. De aquélla han tomado la cúpula central y ciertas disposi-

ciones de huecos; de éste, todas las fachadas de los cuerpos salientes, copia de la célebre puerta *della Carta*.

La adopción de este estilo híbrido responde al deseo manifestado por el Comité de la Exposición de que cada país inspirase su residencia oficial en el carácter que mejor exprese su apogeo histórico y artístico; por más que nos parece algo discutible que la Arquitectura veneciana del siglo XV sea el expresivo de aquel apogeo.

x x
x x

Leemos en una Revista francesa que se va á construir en Chicago la primera casa de aluminio. La construcción se compondrá de una armadura de fuertes vigas de hierro, guarnecidas de placas de 0,005 de espesor, formadas de un *bronze* compuesto de 20 partes de aluminio y 10 de cobre. El edificio tendrá 64 metros de altura y 17 pisos.

Aparte de las malísimas condiciones higiénicas y acústicas que parece ha de tener la casa (y que inspiran al periódico francés algunas ingeniosas bromas) cabe preguntar si no es un poco perentorio el nombre de *casa de aluminio* con que se la designa, puesto que este metal no forma en ella más que el revestimiento y no la verdadera estructura. No es, pues, en este edificio donde se ha de ver iniciada la gran revolución que en formas y gruesos esperan obtener todos los constructores con el nuevo metal.

x x
x x

Un reciente viaje nos ha permitido examinar las ruinas del convento del Corpus Christi de Segovia. Del interesante ejemplar de la Arquitectura, que pudiera llamarse más ó menos exactamente *arabo-judaica*, no han quedado más que los muros del circuito y las dos arquerías que separaban las naves, pero en estado completamente insostenible. Aunque así no fuese, la pérdida para el arte sería la misma, puesto que capiteles y cúpulas han sido calcinadas por el fuego, dejándolas convertidas en insignificantes fábricas.

Sabido es que tan curioso monumento y su hermano el de la Blanca de Toledo eran los

dos únicos ejemplares de esta clase de arquitectura. Consignemos en esta "Crónica" la triste desaparición de una curiosidad patria, y juntemos su nombre al de tantas y tantas glorias reducidas á polvo por la desgracia ó la barbarie.

VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA,
Arquitecto.

BREVES REFLEXIONES

ACERCA DEL CONCEPTO ACTUAL DEL ARTE
ARQUITECTÓNICO

II

En el artículo anterior hube de dejar planteada, con crudeza, que creo está más en la realidad que en mi criterio, la cuestión de que el concepto público otorgado á la Arquitectura en nuestros días, es por todo extremo desfavorable á ella.

Este concepto, acertado ó erróneo, envuelve su fallo, que emite, en perfecto derecho, el gran Jurado á quien no podemos menos de conferir todos los poderes que son del caso; lo emite la mismísima entidad á quien ensalzaríamos y colocaríamos sobre nuestras cabezas si se dignara acoger con aplauso nuestras obras; lo emite el poder eterno y soberano que envuelve en exclamaciones de admiración y en ráfagas de gloria las obras maestras de otros siglos, que son para nosotros más iniciados, pero tan devotos, arca santa de la belleza que adoramos. No vale, por lo tanto, para reclamar del fallo, negar autoridad á aquel que lo formula, la tiene para ello, y hemos de acatarla; pero sí podemos examinar los fundamentos de derecho en que basa la resolución, y, si éstos son erróneos, protestar contra ellos; podemos y debemos, cuando tal caso ocurra, proclamar los que en nuestro sentir son garantías del acierto, y en nombre del arte, de la belleza, de la verdad, trabar contra el error lucha encarnizada que lo aniquile y lo destruya.

El mismo silencio, hoy apenas roto, de la opinión y de la crítica, es á la vez que condenación de nuestro arte, razón para creer que aún no domina el gran Jurado todas las cuestiones sobre que resuelve. Si aún persistiese en

silencio, cabría la duda de que era el desdén de la sabiduría á la ignorancia; pero sustituido, aunque en pocos casos, por el juicio concreto, no es ya posible suponer tras él sino — cuando más, — lo mismo que ese juicio expone taxativamente. Y pronto habremos de contar sus deficiencias.

Teniendo margen, por lo tanto, para producirse en nosotros, la idea del error del público, y comprobada luego la existencia de este error (como, para no distraer la exposición que hago ahora de mis ideas, demostraré después), el arquitecto no puede prescindir de los deberes que le impone su misión educativa dentro de las sociedades actuales, y acudiendo al arsenal de los conocimientos que posee, á los dictados de su sensibilidad artística, fundándose ya en los procedimientos lógicos de su ciencia, ya elevándose á las conquistas de su arte, ha de formular las consecuencias de su criterio, en armonía con las leyes porque se rige la Arquitectura en el espacio y en el tiempo; y toda vez que es él único depositario y guardador de los secretos de su arte, toda vez que ha profundizado en ellos, cuándo al desentrañarlo de los misterios de la historia, cuándo al producirlo, á él toca subsanar las deficiencias de la crítica y suplirlas, á él dirigir y encauzar las corrientes del gusto, á él fijar ideales y depurar bellezas, á él renovar las sensaciones y extirpar los prejuicios y las rutinas á que la generalidad se aferra con amor tan funesto. De suerte que si la crítica y el público caen en el error, el arquitecto ha de ser crítico, ya que no para juzgar las obras que produce, para exponer y demostrar cómo esas obras son producidas y deben ser juzgadas.

Siendo la crítica una función intelectual por la cual se aprecian las bellezas de la obra de arte, producto antes del sentimiento que de otra facultad, claro es que las circunstancias que inducen á error en el juicio han de estribar en la mala dirección del sentimiento de quien critica ó en la escasez de conocimientos de quien juzga. Y como en estos párrafos no hay para qué haga mención de casos especiales en que se mezclan al sentido crítico sentimientos de cierta índole, he de reducir el primer caso á la ausencia del sentimiento de la belleza, á la

falta de ideal artístico, que origina la ineptitud, para apreciar las obras á su calor nacidas, y el segundo, á la escasa divulgación de las reglas porque se rige nuestro arte, entre la crítica y el público. Adviértase, con todo, que sólo hablo de estos casos por cuanto es lo general que ocurran, y que si fueran excepciones no los mentaría, como no consigno el hecho verdaderamente anómalo de que alguna vez ocurra lo contrario.

Por manera que los errores de la crítica y del público tienen causa perfectamente definida. Esto me permitirá, con sólo comprobar la existencia de esa causa, demostrar la de los defectos, sin cansar al lector con el examen minucioso de ellos, cosa siempre impertinente por su índole, y mucho más cuando la lleva á cabo quien, como yo, reúne tan pocos alicientes para la versión de sus ideas.

La primera causa, la falta de sentimiento de lo bello, que no es al cabo sino la carencia de ideal estético, justo es reconocer que no se ofrece nunca exclusivamente en los dominios de la crítica. Cuando ésta incurre en tal defecto participa de él también la sociedad entera y, por lo tanto, el artista, que aunque forma la vanguardia de la sociedad, su avanzada y su guía, no deja por eso de hallarse influido por la corriente general de las ideas de su época y de su civilización.

Al obscurecerse la percepción de su finalidad artística, si vacila el crítico, si el público anda á ciegas, si uno y otro no tienen más luz para sus gustos que el capricho, ó la moda, ó la rutina ó la fastuosidad, también el artista duda y cae, ya sugestionado por la visión confusa de una belleza que no acierta á definir, ya envuelto en la perversión común, de que no es osado á libertarse. En épocas así sólo el genio alcanza la fuerza necesaria para escalar las inaccesibles cumbres, y no es ciertamente caso raro que aun el genio, desamparado de la atmósfera que necesita para tender sus alas, las repliegue alguna vez con desaliento, y en lugar, entonces, de ascender á la cima caiga en el abismo con estrépito, que se juzga desde los egoísmos de la medianía justo castigo de desatentadas ambiciones.

Todo ello viene á libertar á la crítica del

cargo que se la suele hacer por su carencia de ideales. Claro es, y yo lo reconozco, que la misión altísima que desea ejercer la impone antes de lanzarse á la palestra la fijación de su ideal; claro es que si le es imposible dar con esto, debiera, procediendo honradamente, rehuir toda exteriorización y todo juicio; pero ya que no se halla en ello la culpa raíz de este defecto, yo me daría por muy contento con que la crítica, aun incurriendo en él, acertara á juzgarse de otros en que cae, y que proviene sólo de sí misma. Creo que conmigo la absolverían todos de buen grado de este error, si su proceder y su limpieza en cuestiones más inmediatas hicieran esperar que cuando nazca un ideal estará exento de defectos.

Los conceptos que dirijo á la crítica los hago extensivos á todo el público. En realidad, casi no se diferencian hoy éste y aquélla más que en la divulgación del juicio y, acaso, en la forma en que se emite. Diferencias más fundamentales no las hay desgraciadamente para la crítica, que no puede ostentar en apoyo de su influjo las condiciones que deberían avalorarla. Á lo menos esto es lo general.

Pues bien; ya que en el concepto público pueda *individualmente* perdonarse (á la colectividad es imposible, pues toda sociedad está obligada á fijarse y cumplir su misión) la falta de ideal, como hecho impuesto por la Providencia, que á cada pueblo y á cada época señala derrotero y fin; ya no es posible del mismo modo disculpar á nadie de que en vez de reaccionar contra ese defecto en su esfera de acción, contribuya por torpes modos á entronizarlo y agravarlo, con notorio perjuicio de los intereses de nuestro arte, tan respetables y sagrados como los más que en otros órdenes se puedan proclamar y defender. Y, desgraciadamente, esto es lo que ocurre, y á este resultado nos trae el público con pecados de acción, y la crítica con pecados de omisión tan graves como ellos.

El arquitecto ha de distinguir en el público, por ley natural de las cosas, dos bandos: el que se halla al lado de sus obras, contribuyendo con sus medios, sus intereses ó sus exigencias á que se produzcan, y el que se limita á contemplarlas. Éste, con la crítica, podría juzgar fino y

desapasionadamente; aquél, con el arquitecto, se halla empeñado en la batalla, y sufre los embates del concepto público por las obras que contribuye á producir, y que en el terreno del arte en cierto modo crea (1).

Parecería natural que en este bando hallara el arte su más firme sostén, y acaso, acaso, la base de su ideal futuro, dado que hoy no lo poseyera. Sin embargo, no es lo natural lo más común en la naturaleza humana. El conocimiento que todos los arquitectos tienen de este asunto, me releva de la impropia tarea de señalar los errores que esta parte del público origina por su influencia inmediata dentro del arte arquitectónico; que en errores tan sólo suelen expresarse las exigencias, los desequilibrios, las preferencias y los intereses de ese público que, así constituya entidad, así quede reducido al individuo, deja por lo general sobre la obra de arte huella tan profunda de su paso y tan poco grata, que bien merecería las censuras que no tienen para ella ni su otra mitad ni la crítica artística. Hay entre todas las aberraciones que deslustran la belleza posible de la obra, una, compuesta de varias fases, y á la que bien pudiera llamarse *industrialismo*, que lleva á esa parte del público, tan orgullosa de su papel dentro del arte, á destruir á éste por completo, ya en esencia, cosa que obtienen por los resultados prácticos, ya en potencia, cosa que alcanzan infiriendo dolorosas heridas al autor de la obra... Y no quiero decir ni una palabra más sobre el asunto, porque es de tal índole, que más quema cuanto más se le revuelve. Repasen los arquitectos sus historias, y en cualquiera de ellas hallarán más de lo que pudiese apuntar mi tosca pluma.

Si la crítica supiera algo de esas y otras

(1) Esta afirmación es posible que suscite contra mí las protestas de algunos arquitectos que, examinando con ligereza su misión ó desde un punto de vista que no es práctico, no se avengan á confesar, aunque sí á consentir la *colaboración forzada* que en toda obra arquitectónica resulta. Por exigir el estudio de este asunto mayor espacio del que puedo distraer en este instante al capital de mis artículos, lo remito á otro lugar y á otro día, Dios mediante; pero reclamo para mi afirmación el examen detenido del lector ó su benevolencia, antes de que formule la protesta inflexiva á que podía dar lugar.

cosas que guardan todavía para ella el encanto de lo misterioso, es de creer que las pusieran correctivo, y no saldría ganando nuestro arte. ¡Pero si la crítica está en mantillas todavía por lo que á esto se refiere! ¡Si á los defectos apuntados y, como ya he dicho, no imputables á ella sola hay que sumar otros más graves, nacidos de su propia ignorancia é imperdonables por lo mismo! En Arquitectura no suele existir para el espectador, llámese crítico ó conténtese con llamarse público, otra materia artística que la forma en su concepto más externo, y aun de ella se descartan á veces ciertos elementos que no se consideran apreciables. Claro es que en Arquitectura, como en todas las artes, tiene la *forma* un valor artístico real y positivo; claro es que en ella reside la belleza; pero esta belleza, que sabemos los arquitectos que es sólo de un orden secundario y reflejo de otra belleza superior, no tan patente, ni basta para reducir á ella la impresión artística ni para fundar en su sola percepción el juicio crítico. Este pecado capital no tiene fácil remisión ni—lo que es peor—corrección fácil. Tiene su origen en el desconocimiento de la verdadera belleza arquitectónica, y siendo el mal tan hondo, ¡cualquiera lo estirpa con artículos ni con recetas!...

La obra artística es en todas sus partes reflejo de la eterna hermosura, cuya huella llevamos en el alma. Desde su primera concepción, mejor aún, desde la primera impresión que inspira en el artista la visión de la idea á cuyo influjo nacerá la obra, hállese ya ésta influida por el ideal de belleza que su autor posee. Esta belleza, como se refiere á la esencia de la obra, á su entidad moral, cuando aún no se ha desglosado, ni siquiera determinado sus partes, claro es que influye en todas ellas por igual y á todas ellas presta caracteres propios; pero comunes, como nacidos de un mismo pensamiento generador. Ahora bien; esta belleza de orden primario—llamémosla de este modo—se realza y completa con otras nuevas, dependientes de ella; pero características en cada uno de los elementos de la obra; á este orden corresponde la *belleza de la forma* considerada en sí, y bien se comprende, por lo tanto, que al juzgar á esta sola no se abarca el conocimiento total de la obra artística.

Casi todas las bellas artes sufren los efectos de esta corriente de la crítica, que á casi todas se extiende, en la mayor parte de los casos, el prurito de reducir el juicio al análisis abstracto de la forma. Pero aún no salen las demás, á pesar de ser víctimas del mismo error, tan perjudicadas como la nuestra en el criterio que de este modo se compone.

Hoy se ha adelantado mucho en el conocimiento de las condiciones formales que se requieren para la producción de obras artísticas; la técnica de cada arte no es ya un misterio cuya clave sólo poseen los iniciados; las dificultades á vencer son ya de muchos conocidas; fácil es saber los medios prácticos que aseguran un éxito en la ejecución, y no requiere grandes cavilaciones ir siguiendo paso á paso el desarrollo de la obra para aquilatar el valor de los mil accidentes de que se compone, y la cantidad—digámoslo así—de inspiración y estudio que ha exigido cada uno del artista. De suerte que el crítico posee datos exactos sobre todo aquello que él considera de influencia para fijar la categoría artística de la obra que juzga.

Pues bien; esto que es hoy del dominio general, es, sin embargo, letra muerta dentro de nuestro arte. Aun ciñéndonos á lo que de este modo puede conseguirse, es decir, al conocimiento *posterior* de la forma, hay que lamentar la escasa instrucción *técnica* de los que disertan sobre Arquitectura. Sea porque no les es dado llegar al conocimiento de las causas que directamente influyen en la forma, causas íntimamente ligadas con la ciencia, en uno de sus más pavorosos aspectos para los profanos—la ciencia matemática, ¡negación del arte para algunos y fuente eterna de inspiración abstracta y pura para los que la conocen!—sea porque más que otra manifestación artística supedita la forma á la esencia de la obra, sea porque en la elección de medios acude á un estudio más hondo, que da á cada uno valor propio dentro del simbolismo general... lo cierto es que las corrientes de la crítica y del gusto van tan alejadas de los sanos principios del arte, que á dejarse el artista guiar por ellos pronto caería en las aberraciones más horribles.

Es cosa de clavo pasado que todo artista se queje de la crítica, pero yo dudo que ninguno

pueda hacerlo con tanta razón como el arquitecto. Ya no me refiero sólo al desconocimiento de los principios de su arte; ya admito—sólo por un momento, pero la admito—la teoría de juzgar la forma de la obra como expresión total de la misma; pues así y todo, comprendo que todo arquitecto se haga cruces como me las hago yo cada vez que un crítico fija la vista en un monumento ó en un edificio de lo más rudimentario y baladí. No puede darse anarquía mayor que la que reina en este punto: seduce al uno la riqueza de los materiales empleados; al otro la magnitud numérica de las dimensiones; á aquél la sencillez de las líneas; al de más allá la superposición de alturas; si á éste agrada el amontonamiento de varios cuerpos de edificio, prefiere el otro la grandiosidad de un inmenso lienzo de fachada; si al uno el dominio de la altura, al otro el nimio aprovechamiento del terreno... Cuando no se ocurre á alguno fijar la veleta de sus amores en tal ó cual estilo histórico y halla en todos los otros *barroquismo* ó *pobreza*, según soplan los vientos, ó siente preferencias por algún material (el hierro suele inspirarlas, el mármol, etc.), y sólo halla bellos los edificios en que se ostentan con profusión y lujo. Razonar los elementos de la fábrica constructiva, determinar su uso y su papel en el todo que constituye la obra, sentir la distribución de las masas ó la influencia de líneas, la proporcionalidad de cada parte en razón al lugar que ocupan y al aprovechamiento del conjunto, apreciar el valor de los elementos ornamentales, de los decorativos y de los esenciales; columbrar su armonía, ponderar y medir sus cantidades... esas son filigranas que no se hallan al alcance del crítico: las unas porque exigen estudios que no realizan, las otras porque requieren sensibilidad que no poseen. Y no es esto lo malo: es decir, no es esto la más malo, que malo lo es y mucho; lo peor es que, prescindiendo de ello, juzga y califica, y sus juicios influyen en el público, y á veces también en el artista, que olvida lo que sabe y lo que siente por halagar instintos nacidos al calor de aquellas calificaciones.

Ya he dicho antes que se juzga poco, pero á eso poco me refiero. Lo que sí se hace es calificar mucho desde el público, y á veces desde

las gacetillas de los diarios, y esa calificación, como más ligera y menos autorizada, es de peores resultados. Menos responsabilidad y más influencia: herida más mortal para el arte.

Y obsérvese que aún queda el rabo por desollar; he concedido que el estudio de la forma fuera el de todo el arte. Si aquélla ha de juzgarse en sólo su valor y á su consideración ha de preceder la determinación exacta de su significación y su belleza; si ha de buscarse en ella la emanación de otra hermosura más honda y trascendente y la armonía de sus elementos con el carácter de ésta, y por tanto han de fijarse con anterioridad los caracteres y calidades de esa relación; si ha de razonarse cada accidente de la composición total y deducir al cabo su importancia estética... juzguen por dónde andan la crítica y el gusto en la apreciación de nuestro arte.

Y sin embargo, hay que proclamarlo en defensa del artista: por encima de la belleza visible de su obra está esa otra hermosura de más alto linaje que sólo perciben los que con vocación é inteligencia penetraron en los secretos de la arquitectura; por encima de ese arte contingente y más fácilmente ponderable, hay otro arte más hondo y más real, más positivo sobre todo, al que pertenecen todas las grandes obras de la humanidad: arte gigantesco que tiene sus raíces en lo más característico de su sociedad, y merced al alma del artista, alza sus cúspides á la región de la belleza absoluta, donde se ciernen esas creaciones poderosas que se llaman el Parthenón, las Pirámides, las Catedrales góticas...

MANUEL VEGA Y MANSO,
Arquitecto.

BARCELONA, Julio de 1899.

OTRA LEYENDA ⁽¹⁾

Colonia, la primitiva *Oppidum Ubiorum* romana, y más tarde célebre *Colonia Claudia Agripina*; la ciudad santa que innumerables mártires del cristianismo regaron con su san-

(1) Véase el número de Abril de 1894.

gre, y cuyos Arzobispos, en la Edad Media, Cancilleres del Papa, Electores y hasta Regentes del Imperio, tenían el privilegio de consagrar en Aquisgrám al elegido como Rey de los Romanos y Germanos. La perla anseática, centro de una de las cuatro agrupaciones de aquella poderosa Liga, que instituída para proteger intereses comerciales, concluyó por ser un elemento terrible de gobierno, llegando á reunir numerosa escuadra con poderoso ejército, merced á los que deponía y nombraba soberanos. Colonia, la antigua metrópoli de las provincias rhenanas, cuya importancia, notablemente amenguada de lo que fué en otros tiempos, aún es hoy considerable como centro comercial, por su puerto sobre el Rhin y ser cruce de dos líneas férreas importantísimas, siempre será para el artista visita de valor inestimado, por encerrar entre sus muros la Catedral, el edificio más notable que nos han legado los constructores del siglo XIII, no sólo por la majestad de sus proporciones y esbeltez de sus formas, sino por ser quizá el único ejemplar de su clase que puede mirarse en nuestros días casi tal y como fué concebido por el anónimo autor de su trazado.

Púsose la primera piedra de este edificio en 15 de Agosto de 1248, hacia cuya fecha la Iglesia había adquirido tal importancia que, como dice De Bezold: "El Papa parecía ser el verdadero sucesor de aquellos omnipotentes Emperadores romanos, y la Arquitectura se encargaba de glorificarla, levantando esos monumentales edificios que parecen salir de la tierra penetrando en el espacio infinito."

Colonia, población levítica por excelencia, contaba entonces 11 colegiadas, 17 parroquias, 22 conventos y 76 Congregaciones religiosas, diciéndose en ella más de mil misas diarias, y las riquezas que su comercio le proporcionaban eran tales, que se cuenta figuraron en el cortejo de boda de Federico II 18.000 burgueses ataviados con riquísimos trajes, lo cual, unido á haberse trasladado á ella desde Milán en 1163 las reliquias de los Reyes Magos, que hacían afluir á su recinto peregrinos de todas las naciones del mundo, colocó su importancia á tal altura, que hizo concebir á Engelberto I, su Arzobispo, la idea de construir un edificio sin

rival en la tierra y digno de la ciudad que tal suma de esplendor había alcanzado.

El asesinato de este santo en 1225 por el Duque de Isemburgo, en venganza del castigo que le había impuesto por los excesos cometidos con las religiosas del convento de Essen, del que se había por fuerza apoderado, le impidió llevar á cabo su pensamiento, que no pudo realizarse hasta veinte años después de su muerte, y en la fecha indicada dióse principio á la obra por la construcción del coro, siguiendo una costumbre, al parecer muy general entonces, bien porque siendo esta parte la más importante, con ello se avivaba el entusiasmo del pueblo, bien por otras razones que no hace al caso el discutir en este momento.

Duró la edificación de este trozo del templo setenta y tres años, siendo consagrado en 1322, y en 1347 comenzaron los cimientos de la nave central y una de las torres de la fachada, que hasta 1437 no estuvo en condiciones de soportar las campanas, y eso contando sólo en su altura unos 60 metros de los 155 á que debía llegar en su terminación.

Ya en esta segunda etapa, las obras marcharon más lentamente y así continuaron hasta 1560 en que del todo fueron suspendidas, habiendo variado en el espacio de tiempo que desde su comienzo mediaba, no sólo las condiciones locales de Colonia, sino las de toda la cristiandad.

Base las Catedrales de la unión establecida entre la Iglesia, los Reyes y el pueblo para detener el poderío de los señores feudales y de los abades sus aliados, una vez conseguido tal propósito, trató la primera de absorberlo todo, y la Monarquía Papal, con su ambición de dominio y en la necesidad de atender á sus ostentosos gastos, esquilma los Obispos, menguando la influencia de sus representantes é introduciendo en el Clero una desmoralización tan deplorable que en la misma Colonia, que nunca pudo tacharse de despreocupada, abrieron el baile de corte, celebrado en presencia del Monarca con motivo de las fiestas de gala durante las sesiones del Parlamento en 1505, el Arzobispo, una abadesa y varias monjas nobles, siendo este hecho de menor cuantía para lo que pasaba en otros terrenos.

El pueblo, por su parte, sacudido el yugo á que había estado sujeto durante tantos años, formaba una sociedad nueva, más inteligente, más activa y más trabajadora, permaneciendo por defender sus intereses en continua lucha con los poderes civil y eclesiástico, y á estas causas generales se unía por otro lado la Reforma, nacida en Alemania y allí rápidamente propagada aun á costa de la sangre de sus defensores, y el mismo descubrimiento de la América, que abriendo el camino de las Indias, daba un golpe mortal á las ciudades de la Liga, cuyo comercio quedó abatido en breve tiempo.

Colonia, por su parte, orgullosa de sus peregrinos y llegando en su intolerancia á expulsar de su seno los protestantes en 1618, como anteriormente, en 1372, lo había hecho con los pelaires, que con sus turbulencias molestaban su tranquilidad, privándose de una industria de tan proverbial riqueza, que era un aforismo en aquel tiempo el decir: "Rico como un comerciante de paños", y obligando á unos y á otros á trasladar fuera de su seno su actividad, su industria y sus dineros, contribuía á su ruina y decadencia, y estas causas, que en lo general afectaban á las sociedades de aquella época, paralizaron las obras de las Catedrales, comenzadas con un vigor y energía de que no hay otro ejemplo en la historia de la Arquitectura; ellas, unidas á las locales antedichas, detuvieron también las de Colonia, y á partir de la fecha indicada, mudos quedaron sus talleres y andamiajes, y las nieblas del Rhin, el poético río de los castillos y las leyendas, envolviendo su masa, formaban lentamente la pátina con que había de cubrirse por fuera, la traquita de sus agujas y arbotantes, y por dentro el oro y los colores con que espléndidamente se enriquecían las bóvedas y el ropaje de las esculturas de sus santos.

En esta soledad abrumadora, la grúa de la torre avanzando en el espacio el brazo de su palanca como protesta de su inactividad y su reposo, prestaba al conjunto algo de lúgubre y sombrío, y su fatídica silueta, impresionando al pueblo, más propenso á la superstición en esta fecha que á discurrir sobre las causas mencionadas, motivó el atribuir la suspensión de las obras á un poder sobrenatural que no podía

ser menos que el del diablo, como que en la ignorancia de aquellos siglos XVI y XVII llegó hasta introducirse en el cuerpo de nuestro Rey y Señor D. Carlos II, sin que bastaran á expulsar las oraciones del famoso exorcista Álvarez de Argüelles, venido de Asturias, ni las del más célebre Mauro di Tenda, traído de Alemania, porque hay que tener en cuenta que esta nación, en punto á creer en brujerías, ha dado á la nuestra ciento y raya y sus Príncipes, celosos defensores de la fe católica, llegaron á quemar en el espacio de pocos meses 600 brujas en el Obispado de Bamberg y 900 en el de Wastburg, y aunque ciertamente no igualaron en entusiasmo al Parlamento de Tolosa, que de un solo golpe lo hizo con 400, en cambio hacían buena nuestra Inquisición, que en los tan decantados autos de fe de Valladolid y de Sevilla, celebrados en 1559, no pasó de achicharrar más de veintiuna, en espléndida muestra de su celo.

Como todo lo que tiende á lo maravilloso, la leyenda de la Catedral cundió por el pueblo, que de buena fe creía imposible la terminación del edificio, y en ella motiva Edgard-Quinet estas hermosas frases de su *Ahasverus*:

"¿Quién ha trazado hace mil años en un rollo de pergamino el plano de mis torres de encaje y de mi nave dorada? ¿Ha sido un maestro de Colonia ó bien un maestro de Reims? ¿Quién ha trazado en bermellón el plano de mis ágiles columnitas y de mis espléndidas portadas? ¿Ha sido un maestro de Viena ó bien un maestro de Rouen?

"No, no, es el diablo que lo ha vendido al trabajador como precio de su alma; sube, pues, torrecilla mía, desmelenada, vestida de plañidera, deslízate, rueda por la nube como un alma que llama con sus alas de seda á la bóveda del cielo sin poder entreabirla."

Y ahora veamos á qué se reduce, en resumen, la intervención de Satanás en esta espléndida joya de la Arquitectura alemana.

Cuando Conrado van Hostaden, se propuso llevar á cabo el pensamiento de su preantecesor Engelberto I, llamó á un joven arquitecto, que ya se había hecho notable por la construcción de importantes edificaciones, encargándole desarrollase su idea, proyectando una Catedral, como no existiera otra en el mundo, por su am-

plitud y magnificencia. Trató de excusarse el artista, abrumado ante la grandeza de tal encargo; pero el Arzobispo le despidió, diciéndole:—Salid de aquí y ved el modo de cumplir mi deseo, que yo sé bien sois muy capaz de ejecutar mis instrucciones, aunque vuestra modestia os quiere hacer declinar el honor recibido.

Retiróse el arquitecto, no repuesto de su asombro, y halagado por la comisión recibida, y orgulloso ante la idea de ejecutar una obra como nadie la hubiese ejecutado, adquiriendo un nombre que eclipsara el de todos los maestros conocidos; vagando á la ventura y ensimismado en sus reflexiones, llegó á la orilla del Rhin, donde comenzó á ejecutar distraídamente sobre su fina arena diversos trazados, y al exclamar entusiasmado ante uno de ellos:—Ya le tengo, mi fortuna está hecha,—una vocecita burlona dijo á sus espaldas:—Habéis ideado la planta de la Catedral de Strasburgo.

Volvió el joven la cabeza, borró el diseño y trazando uno nuevo,—ese es el de la Catedral de Spira—volvió á decir la misma vocecilla. Por segunda vez fué deshecho el dibujo, y á la vista del tercero,—Rheims—repitió la misma voz, cortando la inspiración del artista.

Fijóse éste entonces en quien así analizaba sus estudios, que era un vejete canoso, alto y delgado, de aspecto débil y enfermizo, y algo amostazado, díjole alargando su bastón:—Si conocéis algo superior á lo por mí apuntado, tendría mucho gusto en aprenderlo. El viejo entonces tomando el junco que le alargaban, diseñó en la arena una planta de concepción tan elevada y simetría tan perfecta, que el mismo arquitecto hubo de confesar no haber visto en su vida nada que le igualara. —¿De dónde sois?—preguntó entonces al dibujante.—No soy de ningún lado y estoy en todas partes—respondió éste.—Vendedme el plano—volvió á decirle alargándole su magnífica sortija.—No á ese precio —respondió el viejo sacando de su bolsillo un puñado de oro.—¿Á cuál, pues?—contestó el arquitecto.—Al de tu alma—respondió el diablo; á cuya petición, mudo de terror y comprendiendo el ser que tenía delante, hizo aquél la señal de la cruz, cayendo en tierra privado de sentido.

Amánecía, cuando el artista vuelto en sí y

mirando en derredor, vió que el plano y el viejo habían desaparecido, y vuelto á su casa, en vano trató de reproducir sobre el papel la imagen que había tenido ante sus ojos. Ni alturas, ni proporciones se combinaban bajo su lápiz, y ya los arcos aparecían altos, ya bajos, ya las naves se presentaban anchas ó estrechas, sin que su esfuerzo pudiese aunar los diferentes elementos, hasta que cansado de su inútil tarea y llegada la tarde, una fuerza irresistible condújole al mismo sitio del día anterior, con la esperanza de encontrar de nuevo al desconocido, y efectivamente, allí estaba dibujando con un palo sobre la mohosa muralla, donde á medida que fingía el trazo, una línea brillante iba señalando bien los arcos esbeltos y delicados, bien las líneas de columnas airoas y atrevidas, desapareciendo inmediatamente.

Volvióse de pronto el viejo, y encarándose con el arquitecto, que permanecía asombrado ante la visión que á sus ojos se presentaba, le dijo:—Y ahora, ¿queréis comprarme los planos? —Sí —contestó éste cubierto de sudor glacial, al ver cómo el extranjero, prosiguiendo en su tarea, cubría el muro con una espléndida portada, que apareciendo por un momento en toda su belleza, se borró en seguida como las líneas anteriores.—Pues hasta mañana á media noche —dijo aquél entonces, desapareciendo á su vez.

Las doce sonaban en los relojes de la ciudad, cuando nuestro hombre, llegando al lugar de la cita, encontró sentado tranquilamente al lado del río al extranjero, quien viéndole llegar, hizo ademán de ofrecerle un sitio á su lado; pero aquél, perfectamente tranquilo, merced á la confesión y comunión con que había tranquilizado su ánimo, adquiriendo la calma necesaria, le dijo:—Dadme los planos.—No, amigo mío—contestó el viejo,—falta una pequeña formalidad que cumplir todavía—y esto diciendo, desarrolló ante su vista el pergamino, donde toda la Catedral estaba proyectada. Plantas, alzados, secciones y detalles, todo aparecía clara y perfectamente dispuesto, formando un conjunto que trastornaba los sentidos; y al observar la impresión que en su acompañante producía su trabajo,—ved —le dijo— qué maravilloso efecto; habéis hecho un negocio re-

dondo; y todo ¿por qué? Por escribir un par de líneas en este documento; confesad que el plano es de lo más soberbio que jamás ha producido un arquitecto, y lo adquirís bien barato; al precio de un alma tan sólo.—Y ya se disponía, sacando una lanceta á efectuar una incisión en el brazo del artista, cuando éste, presentándole un crucifijo que llevaba oculto, exclamó: — ¡Aparta, Satanás, en nombre de la Santísima Trinidad! ¡Yo abjuro de ti y de tus obras!

—Devuélveme los planos—dijo el diablo.—Mas ya que te resistes, y no habiéndolos pagado, siempre serán de mi pertenencia; ten entendido que ni la obra se verá jamás terminada, ni tu nombre pasará de ser conocido más tiempo que el que tarde tu alma en abandonar el cuerpo miserable.

El edificio fué comenzado; pero el arquitecto, tanto se preocupó de la maldición que pesaba sobre la obra, que un día fué encontrado muerto encima de su lecho.

Como se ve, la leyenda no pasa de ser un cuento vulgar, cuya falta de inventiva y débil trama, dista mucho de corresponder á la magnificencia de la construcción á que se refiere.

Pasando por alto que en aquella fecha sonaran los relojes de la ciudad á media noche, cuando es dudoso que existieran estos mecanismos, y pasando también que un arquitecto de los vuelos que se supone comenzara por trazar las sencillas plantas de Strasburgo (siglo XII) y la de Spira (siglo XI), para saltar á la de Rheims, de la que dice Viollet-le-Duc "que cuando se quiera tener idea de lo que debía ser una Catedral concebida por un arquitecto del siglo XIII, en la época más bella del arte ojival, es preciso ir á dicha ciudad,, es lo cierto que la de Colonia es una de las estructuras más magníficas, pudiendo señalarse como el *non plus* de lo que llegó á ser el arte ojival en esta fecha. Corresponde su traza al tipo de las de Amiens y Beauvais, anteriores á ella en muy pocos años, diciendo de esta última el autor antes citado, "que el arquitecto llegó cincuenta años después de la aparición del estilo ojival, á producir todo lo que éste podía dar de sí,, por considerar su coro mejor concebido que los de Amiens y de Colonia, lo cual no pasa de obedecer á un exceso de amor patrio, pues el

de esta última es superior sin duda alguna al de aquella, y como dice G. Forster, "su esplendor con sus arcadas levantando al cielo, posee una majestuosa sencillez que excede todo poder de descripción,, siendo por otro lado bien sabido, que el primero se hundió totalmente apenas acabado, en tanto que el segundo, á pesar de los siglos transcurridos sin atender á su conservación, cuando se ha llegado á verificarla, ha sido preciso reponer el material descompuesto por la acción del tiempo y su falta de consistencia, pero no se ha encontrado ni una quiebra imputable ó defecto de construcción, en la altura colosal de sesenta metros á que se eleva.

Terminadas las obras de este suntuoso edificio, cubren sus naves una superficie de 8.800^{m²}., incluyendo las columnas exentas en número de ciento, de las cuales las cuatro del crucero miden diez metros de circunferencia, no aventajándole en área más que Santa Sofía, de Constantinopla, con 9.850^{m²}.; San Pablo, de Londres, con 11.120^{m²}.; la Catedral de Milán con 12.020^{m²}., y San Pedro de Roma con 21.690^{m²}., siendo sus torres las más elevadas entre todas las de las iglesias conocidas, pues levantan 155^m. sobre el nivel del piso, siguiéndolas las de Rouen con 140 escasos, y á este tenor pudieran citarse sus demás dimensiones, tanto aparentes como ocultas, pues los cimientos de las torres llegan á 20^m. de profundidad.

Paralizadas, según se ha dicho, las obras en 1560, y no reanudadas hasta 1826, si la Catedral pudo por esta causa librarse de la mezcla de estilos con que la hubiesen dotado seguramente los artistas encargados de su continuación, durante los siglos posteriores, no consiguió hacerlo de la barbarie de los hombres que en 1769 demolieron en una noche el soberbio altar mayor y los cerramientos del coro para sustituirlos por otros conforme al gusto de la época, ni de la ignorancia del Clero al blanquear los muros, ocultando la sobria y acertada decoración policroma con que hoy se miran, ni de los excesos de la soldadesca de la República francesa que convirtió el edificio en cuadras y almacén de forrajes para sus caballos, estando á pique de arruinarlo con sus desmanes.

Restablecida en Europa la paz general, eminentes personalidades llamaron la atención de sus conciudadanos sobre esta joya de la Arquitectura de la Edad Media, y la feliz casualidad de haberse encontrado el plano de su fachada principal, mitad en un granero de Darmstad, sirviendo para secar judías, y mitad en poder de Mr. Imbart, arquitecto francés, pero ambas partes en perfecto estado de conservación á pesar de sus dimensiones, pues miden los pergaminos reunidos dos metros de ancho por algo más de cuatro de altura, hizo que la idea de terminación de la Catedral tomara cuerpo, hasta tal punto que, considerando el caso como de honra nacional, y ante las aseveraciones de Meller y Schinkel, probando la posibilidad de realizarla, despertado el entusiasmo público, constituyóse en 1862 un Comité central con objeto de arbitrar recursos, á cuyo frente se puso Federico Guillermo IV de Prusia, y el 4 de Septiembre se colocaba solemnemente la primera piedra para la continuación de la obra que, comenzada por Ernesto Zuerner y continuada á su muerte (1861) por Ricardo Voigtel, sujetándose ambos estrictamente al estilo del monumento, éste se terminaba por completo á las diez de la mañana del 14 de Agosto de 1880, á los seiscientos cuarenta y dos años menos un día de haberse colocado la primera piedra.

La sorprendente empresa realizada, y en lo principal debida al entusiasmo del pueblo alemán, como cuestión de amor pátrio, echó por tierra la tradición que pesaba sobre el edificio, merced á la ignorancia de sus antecesores, y era muy lógico en este mismo entusiasmo tratar de conocer quién había sido el autor, hasta entonces desconocido, de su traza, cuando se tenía noticia de los nombres de cuantos han figurado como directores de obra desde 1295, no dejando lugar á duda las últimas investigaciones, que debió ser aquél un Master Gerhard, que aparece en los documentos referentes á la construcción del coro como *Rector fabricae*, y en tal supuesto su estatua aparece al presente adornando, entre otras varias, el exterior del Museo de Colonia, figurando entre los artistas colonenses que habían de servir de maestros á los que posteriormente harían gala de

su buen gusto en diversas localidades, como en 1365 lo probaban Juan Hultz y sus hijos, terminando las torres de la Catedral de Strasburgo, comenzada en 1015 por Erwin de Steinbach, y sin ir más lejos, otro Juan había de llegar entre nosotros, en 1442, llamado por el Obispo D. Alonso de Cartagena, para construir las torres de la Catedral de Burgos, levantando al propio tiempo en la misma la capilla del Condestable, considerada como una de las joyas de la Arquitectura del siglo XV.

Ajeno es al objeto de estas líneas el intentar siquiera describir las bellezas que la Catedral de Colonia encierra entre sus muros, y únicamente citaremos entre sus curiosidades la campana Gloriosa, regalada por el Emperador Guillermo, y construida con cañones tomados á los franceses en la última guerra, no ya por su peso de 27 toneladas, el mayor conocido después de la del Kremlin, pues la de Toulouse sólo pesa 25 $\frac{1}{2}$ y la de Viena, también hecha con cañones tomados á los turcos, 18 $\frac{1}{2}$, sino por la casualidad de existir en la misma ciudad y en la iglesia de Santa Cecilia, la más antigua que se conoce, supónese que del siglo XI, y formada por una chapa de metal batido y roblonado, de modo que en Colonia se encierran la más antigua (*Saufang*) y la más moderna (*Kaisergloke*) dentro esta última de la grandeza entre tales instrumentos.

La leyenda, objeto de estos renglones, quedó en sus dos partes destruída, merced al esfuerzo de los hombres, como tantas otras mejor cimentadas cayeron ante la civilización, la ciencia y el estudio, y la Catedral de Colonia, airosa y arrogante, al elevar sus torres y pináculos á los espacios donde apenas penetran nuestros sentidos, sobre ser un edificio artístico de primer orden y de un valor inapreciable, es un ejemplo en el que, como dice César Daly al ocuparse de ella, "la piedad, el arte, el patriotismo, el amor de Dios, de lo bello, y del suelo pátrio, se han unido y asociado para completar un monumento arquitectónico, en el que la Alemania moderna tiende la mano á la Alemania de la Edad Media, al través de tres siglos de discordias y disensiones,".

E. DE A.

Proyecto de saneamiento DE MURCIA

LA CASA Y EL SISTEMA DE EDIFICACIÓN EN MURCIA

Defectos inherentes al terreno.

Dos son los tipos de casas de que hemos de ocuparnos, la de la huerta y la de la ciudad, y á entrambas se refieren algunas consideraciones generales que por vía de exordio consignaremos en este capítulo.

Interesa sobremanera recordar aquí que el suelo de Murcia se halla constituido por terreno de acarreo, el cual, en todo cuanto alcanza la capa acuosa subterránea se halla empapado de aguas, y en el resto, de humedad procedente de filtraciones de aguas superiores, sea del río ó de la vega occidental, que es la zona regable más elevada del valle murciano, contribuyendo á conservar esta humedad y á comunicarla á las construcciones supraterráneas la composición química de esos terrenos, en los cuales dominan la arcilla y la caliza, las cuales conservan la humedad y la comunican por capilaridad á los muros y á todas las construcciones que en esos terrenos se edifiquen.

Censurable empleo del yeso en sitios húmedos.

Al mismo efecto concurre la circunstancia de ser general el uso del yeso para la fabricación de muchos de los elementos constructivos de la casa, y en especial en muros y revoques, en cuyo empleo debería desterrarse el indicado material, toda vez que por ser muy higrométrico contribuye á que resulten sumamente húmedas las viviendas murcianas, y en modo extraordinario las sitas á plano terreno ó á poca elevación sobre el mismo.

Drenaje.

Para evitar los perniciosos resultados de la humedad es de todo punto indispensable proceder á la desecación del subsuelo, así de la calle como de la casa, por medio del drenaje permeable, verificándolo con tubería porosa y con los tubos dispuestos en la forma que se

emplea para el avenamiento de los terrenos en que el agua se halla en exceso.

Además, y para aislar completamente la casa de la vía pública impidiendo con ello que se comunique la humedad que ésta tenga, sobre todo en las calles no servidas por las canalizaciones de alcantarillado y drenaje, convendría disponer un espacio (cubierto con bovedilla ó losas) que algunos denominan área, dispuesto debajo de la acera y que hace el efecto de un verdadero dren de saneamiento.

Pozos ciegos.

Graves son los defectos que en general ofrecen las casas de Murcia, por consecuencia de presentar muy próximos y contiguos los pozos ciegos ó de letrinas, y el pozo de agua, que si bien impotables, son utilizadas frecuentemente para usos en que debiera estar proscripta por completo como para el lavado de suelos, ropas, vasijas, etc., etc.; esa contaminación de las aguas de pozo por las filtraciones de las letrinas y sumidores es grandemente nociva á la salud pública, como que por su medio se extienden y se desparraman los gérmenes infecciosos, causa indudable de tantas y tan graves enfermedades evitables, cuya existencia acusa la demografía sanitaria de Murcia.

Ventajas é inconvenientes de estas casas en sí.

La casa de casco urbano ofrece cualidades excelentes por un lado y malisimas por otro. Entre las primeras figura la favorable circunstancia de estar en general habitada cada una de las casas por una sola familia, lo cual es muy conveniente, así desde el punto de vista moral como del de higiene y salubridad; ambos proscriben en cuanto quepa el empleo del sistema de viviendas superpuestas para familias distintas, estableciéndose á veces, gracias á tal circunstancia, ciertas intimidades que pugnan con la moral, así como la contaminación morbígena, que hace que una vez infectado uno de los pisos vengan á estarlo los demás, comunicándose las enfermedades transmisibles de unas á otras familias. Esta defectuosa disposición, afortunadamente, no es muy general en Murcia, en la cual, en cambio, deben señalarse las deficiencias producidas por el hacinamiento y la

falta de sol y aire respirable de las viviendas sitas en las calles estrechas, tortuosas y mal orientadas de Murcia, donde es muy común el defecto de ser las casas sumamente estrechas y dotadas de vanos que no reúnen las condiciones que les corresponden. No deja de suceder á menudo que las casas tengan una sola cubierta deficiente de arcilla margosa, denominada láguena, á cuya conservación abandonada y escasez de pendiente se debe el mal estado á que aquéllas llegan frecuentemente.

Barracas y casas de la Huerta.

Las viviendas de la Huerta reúnen los inconvenientes generales de las antes mencionadas, agravados con algunos otros que destruyen las ventajas que puede entrañar la favorable acción de los agentes naturales: las viviendas son de dos tipos principales, la casa y la barraca; una y otra son de muy reducidas dimensiones; constan generalmente sólo de planta baja, y si tienen otro alto se destina frecuentemente á almacenar frutos; en algún caso se emplean los bajos á modo de establo para contener las caballerías y para almacenar frutos, sirviendo para vivienda el piso alto. Los muros de las barracas son de materiales diversos, aunque es muy frecuente el empleo del tapial revocado con ó sin el empleo de rolizos de pino ú otros troncos, teniendo la cubierta casi siempre de paja, dotada de mucha inclinación para escupir fácilmente las aguas. El ajuar de la mayoría de las barracas es miserable, y así en su conjunto como en sus detalles, colorido de objetos, etc., etc.; estas viviendas demuestran que se han conservado allí las tradiciones de los árabes, ó sea de los primitivos organizadores de la Huerta, la que, así en sistema de riegos, ordenanzas para los mismos, cantos populares y hasta en el nombre de las cosas, continúa mostrando en la actualidad los rasgos característicos de la civilización árabe en aquel privilegiado suelo.

Las casas de la Huerta reúnen también condiciones deficientes, pues se han construido en muchos casos con tapial y con adobes, ó sea ladrillos sin cocer, secados al sol, revocándose las paredes de tan endeble construcción con

yeso. La techumbre se forma con troncos de árboles, arbustos y cañas, recubriéndose en algunos casos con tierra láguena, como las azoteas de algunas casas del casco urbano de Murcia. Las casas de la Huerta suelen contener un cuerpo con dos habitaciones, una que sirve de cocina, comedor y hace las veces de sala de recibo en invierno (porque durante el buen tiempo las visitas se hacen en el rellano que hay delante de la casa ó barraca), y otro para dormitorio. Otras casas se componen de dos cuerpos, y en algunas se dispone un pequeño patio. La capacidad de tales viviendas es tan exigua que algunas sólo cuentan 250 á 300 metros cúbicos de aire, y á pesar de ello albergan á toda una familia, á la cual se agregan los animales domésticos que el huertano considera indispensables para el género de vida que hace.

Debe alejarse el estercolero.

Añádase á lo expuesto la vecindad del basurero, en el que se depositan todos los restos transformables en abonos con sus exhalaciones que ofenden al olfato y más aún á la salud, y se comprenderá cómo á pesar de las condiciones de aereación, iluminación, ausencia de peligros morales y materiales que la vida urbana entraña, sea harto crecida la mortalidad de los interesantes pobladores de la incomparable Huerta murciana.

Situación.

Situada la perla del Segura en la región central del valle de este nombre en la parte donde se ensancha para dar origen á la famosa vega de Murcia, ofrece dicha capital un emplazamiento muy á propósito para que la urbanización de la misma tuviera excelentes condiciones. La población primitiva ocupó la zona izquierda de la vega del Segura, quedando limitada en la época en que lo estaba por las murallas, por el contorno que hoy recorre el Val al Oeste, y en testimonio de ello aún se conserva un trozo de la misma junto á la pequeña iglesia del Pilar, y aún quedan algunos otros vestigios del referido recinto que no tienen importancia alguna arqueológica.

Urbanización expansiva.

Posteriormente se fué desarrollando la urbe, y una vez, en 1868, fué derribada la endeble cerca de ladrillo y piedra que la ceñía y que era considerada como "la muralla," de Murcia, adquiriendo ésta el carácter expansivo que corresponde á una ciudad de índole agrícola, la que por serlo debe procurar inmediata y expedita relación al propietario que vive en la ciudad con los colonos y jornaleros que cultivan su campo, y facilitar las transacciones agrícolas y comerciales entre el mercado donde se verifican éstas y el punto de producción de los distintos artículos.

Basta echar una ojeada á la urbanización distinta de Cartagena y de Murcia para comprender que razones diversas de índole estratégica en el primer caso é industrial en el segundo las han informado, produciendo una urbanización concentrada en el primer ejemplo y expansiva en el segundo. Por virtud del cumplimiento de los rigurosos preceptos militares, la edificación se detiene en los muros que circundan á Cartagena, suspendiéndose á mucha distancia de la misma, así como aislándole del mundo exterior para impedir que las vías que á la misma dan acceso sean un medio de penetrar en el recinto fortificado; á consecuencia de lo cual, la edificación desaparece por completo á lo largo de esas vías que también se hallan dispuestas para recibirla. La plétora ó exuberancia de vida que en Cartagena ha habido en distintas épocas, ha debido anularse de esos largos trayectos en que las vías se aproximan solitarias á la ciudad, y sólo ha podido mostrarse ó aparecer allá, á lo lejos, en el barrio marítimo de Santa Lucía, en los cerros do asientan la Concepción (Quita-Pollejos), Los Molinos (Peral) y San Antonio Abad.

La ciudad y la huerta se compenetran.

En cambio, obsérvese la urbanización de Murcia y se verá que á lo largo de todas las vías que á la misma dan acceso, se prolonga la vida urbana, dilatándose la urbe por las carreteras ó caminos de Alicante, Cartagena, Espinardo, etc., etc., y que la ciudad se une íntimamente

con el campo al extremo de compenetrarse mutuamente, no pudiendo distinguirse con precisión si algunos núcleos edificados constituyen un caserío, ó si forman parte de los arrabales de la población. ¡Tal es la índole expansiva de la ciudad de Murcia!

Y no se crea que esto ocurre tan sólo en cuanto á la traza de las vías, pues lo mismo ocurre con la índole de los edificios que á lo largo de la misma se han construido. Con efecto; en el centro de la ciudad las casas están construídas al modo y usanza modernas, con varias plantas, pisos ó altos, habitados todos en general para bien de la higiene y de la moral, por una sola familia, y tienen su vestíbulo, el cual da acceso al público.

Las casas, las calles, las viviendas y hasta las costumbres de cada uno de los barrios de Murcia, cuya enumeración hemos hecho ya al tratar de su división estadística, tienen su fisonomía propia y característica, que establece diferencias notables entre unos barrios y otros, tan grandes como lo son el aspecto de las casas señoriales del centro de la ciudad, que recuerdan el esplendor de Murcia, y las míseras viviendas que asemejan á las del huertano y á las casas pobres de los árabes.

El área de Murcia es muy difícil de precisar, pues por consecuencia de la urbanización expansiva que ofrece, hay muchas zonas de clasificación dudosa, y que unos aprecian como casco urbano y otros como Huerta; el Sr. Martínez Espinosa consigna que es de 600.000 metros cuadrados el área ocupada por Murcia, considerando á ésta limitada al Norte por los partidos rurales de Zairaiche y la Flota; al Este por el puente de Tocinos; al Sur está bordeada por el río Segura, que la separa de los barrios del Carmen y de San Benito, y al Oeste por los partidos de la Alboleja y Albatalia. Para nuestro proyecto, los límites de Murcia son los correspondientes á una zona concéntrica al actual perímetro urbanizado y distante de él unos cien metros próximamente, pues bien se comprende que las aguas de esa faja anular que circuye á Murcia han de ser, aun en el estado actual de esta ciudad, evacuadas por su alcantarillado. La superficie que á tal área corresponde y cuya designación se hacen en los planos es, como

veremos en otro capítulo, de 2.538.953 metros cuadrados.

Las calles de Murcia no pecan de anchas, si bien su estrechez no es tan grande como la de otras calles del mismo origen árabe, sobre todo en las poblaciones que tenían en esa época carácter de plazas fuertes. Observando el Rey Alfonso X el Sabio la poca amplitud que tenían las calles, ordenó en 1266, poco después de la reconquista, que las calles fueran más anchas, á cuyo efecto los que reconstruyeran en calles de menos de 20 palmos de ancho, debían retirar la fachada dos palmos al reedificarla.

La amplitud y condiciones de las calles resultan claramente demostradas en los planos parcelarios que acompañamos simultaneamente con este trabajo, excusándonos esta circunstancia hacer una descripción más minuciosa de las mismas.

Además de su estrechez y desigualdad, ofrecen las calles de Murcia el grave inconveniente de carecer de un sistema de rasantes que impida que las aguas se filtren necesariamente en el subsuelo, formando esos pantanos subterráneos, que tan perniciosos son para la salud de sus habitantes y que tratamos de evitar con el estudio que aparte presentamos de las nuevas rasantes de la población, estudio que somos los primeros en reconocer que sería mucho más práctico si hubiéramos podido trazar una ó dos calles nuevas de desagüe, en lo que no hemos debido entrar por carecer de cometido para verificarlo.

El pavimento de las calles de Murcia no es tampoco cual debería ser para impedir en lo posible el paso del agua á su través. El primero que se construyó fué el colocado el 1777 en la plaza de San Leandro, de Belluga y Nueva, y estaba formado por grandes cantos rodados, unidos con mortero de cal apagada y arena; después se dispuso en varias de las principales calles, formándolo de losas de un metro de lado y 0,30 m. de grueso, dando á la calle la forma acanalada.

En los parcelarios que presentamos á escala $\frac{1}{800}$, se indica detalladamente la composición del pavimento de cada una de las calles, y de su examen se deduce que son muchísimas las que no tienen pavimento ó lo tienen formado de res-

tos de cascote y escombros, no reuniendo en su mayoría los requisitos que reclama la Higiene constructiva.

PEDRO GARCÍA FARIA,

Ingeniero y Arquitecto.

(Continuará.)

SECCIÓN OFICIAL DE LA SOCIEDAD

Actas de las Juntas generales y de gobierno celebradas por la Sociedad.

5 de Agosto de 1899.—Junta de gobierno.—Celebróse en el nuevo local de la Sociedad.

Se enteró la Junta de haber presentado la instancia en el Ministerio de la Gobernación, acordada en la Junta anterior.

El Secretario dió cuenta del informe presentado por los Sres. Palacio y Guitart acerca del aparato salvavidas para casos de incendios presentado por D. Manuel Varona.

Se acordó satisfacer á la viuda del arquitecto Sr. Ruiz Jareño el dividendo de 10 por 100 del anticipo reintegrable de 1874, en vista de las pretensiones justas de la interesada.

Se acordó igualmente que se satisfagan los gastos ocasionados con motivo del Centenario de Velázquez.

Se enteró la Junta del movimiento de personal ocurrido, y se acordó suspender las tareas durante las vacaciones de verano.

VACANTE

Se halla vacante la plaza de arquitecto provincial de Palencia dotada con el sueldo anual de 3.000 pesetas y las dietas de salidas satisfechas por los Ayuntamientos cuando haya necesidad de inspeccionar las obras á que se refieren los artículos 6.º y 49 de la Ley de 13 de Abril de 1877. Habrá de proveerse por concurso entre los arquitectos que presenten sus instancias documentadas con los antecedentes necesarios en el término de sesenta días; á contar desde la publicación de la convocatoria en la *Gaceta de Madrid* (24 Agosto 99).

Levantamiento de planos por medio de la fotografía.

En una reciente comunicación de la Academia de Ciencias de París dice Mr. Laussedat que ya Arago y Gay-Lussac, casi inmediatamente después del descubrimiento de Daguerre, previeron la posibilidad de aplicarlo al levantamiento de planos, si bien no pudo hacerse esta aplicación por las dificultades ópticas y químicas con que tropezaba el invento. Hoy día es asunto completamente resuelto. En Europa, los mejores ejemplos de este método se encuentran en los trabajos de levantamiento de planos en algunas partes de Italia y de Austria-Hungría, y los hechos por los alemanes en los alrededores de Strasburgo y de París durante la guerra de 1870-71.

En Berlín, recientemente se ha establecido un Instituto Fotogramétrico.

Con la cámara fotográfica se pueden obtener en pocos minutos las vistas necesarias para poder después dibujar el plano. Uno de los planos recibidos del Canadá por Mr. Laussedat, representa en escala de 1:80,000 un distrito de 1.350 millas cuadradas, donde se trata de construir pantanos para riegos. El plan seguido en este trabajo consistió en fijar por medio de triangulaciones ordinarias un cierto número de vértices bien escogidos, desde los cuales se tomaron después las vistas fotográficas.

En España los distinguidos ingenieros agrónomos Sres. Iriarte y Navarro han publicado recientemente un libro muy notable referente al levantamiento de planos fotográficos por medio de la fotografía, que recomendamos á nuestros lectores.

INFORMACIÓN

El Comité del monumento que se trata de erigir á Carlos Garnier en París, se ha reunido para elegir uno de los muchos proyectos que le han sido presentados.

El proyecto escogido es el de Carpeaux; está concebido en el carácter arquitectónico de la Opera.

El busto de Garnier aparece entre dos figuras alegóricas, de las cuales una glorifica al arquitecto y otra aparece estudiando su obra.

Ambas figuras y el busto de Garnier serán fundidos en bronce, con una ligera patina dorada que armonice con el carácter del monumento.

Se dice que éste será emplazado en el centro del exaedro formado por la doble rampa de la calle Auber, distante tres ó cuatro metros de la rotonda de la Biblioteca.

En su parte anterior no lleva otra leyenda que el nombre de Carlos Garnier y las fechas de su nacimiento y muerte, y en medio del zócalo el plano del Teatro de la Opera, grabado en granito color rosa.

x^x
x^x

Ha cesado en el cargo de arquitecto auxiliar del Ministerio de Fomento D. Benito González del Valle, ocupando la vacante el arquitecto señor Perez Larrú.

x^x
x^x

Han sido anunciadas á concurso varias plazas de profesores numerarios de la Escuela de Arquitectura de Barcelona, con objeto de legalizar la situación de los actuales profesores.

La *Gaceta* del día 5 de Agosto último anuncia las vacantes y publica las condiciones para su provisión.

En prensa este número llega á nosotros la triste noticia del fallecimiento de D. José María Aguilar, uno de los arquitectos más antiguos.

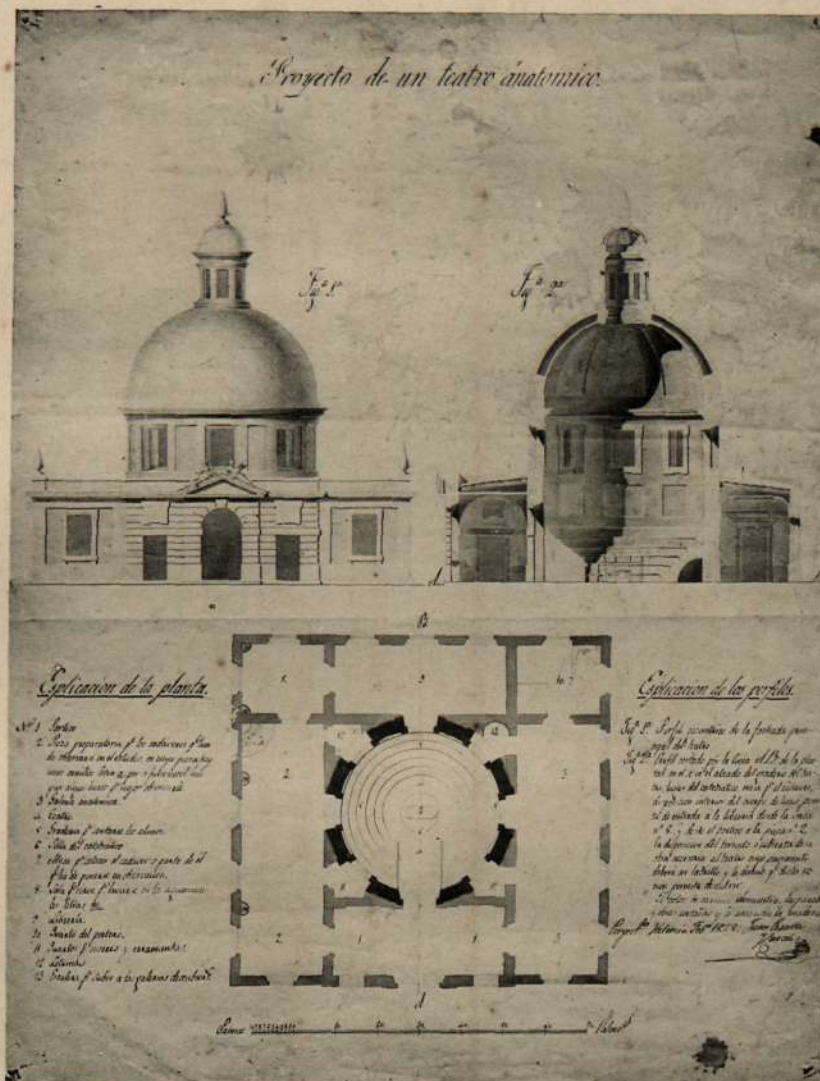
Procedente de la Escuela Superior, de la cual salió el año 1852, supo conquistarse un buen nombre en la profesión por sus dotes de laboriosidad, entendimiento y honradez.

Fué Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos y constantemente veló por los intereses de la carrera en aquel cargo y durante su larga práctica profesional. Era arquitecto del Banco de España y del Monte de Piedad, habiendo sido muy sentida su muerte. La Sociedad Central de Arquitectos y la REVISTA DE ARQUITECTURA se asocian al justo dolor de su familia y envían un sentido pésame á su hijo D. Javier Aguilar, nuestro estimado compañero.

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, 1.

RESÚMEN DE ARQUITECTURA



Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

PROYECTO DE UN TEATRO ANATÓMICO

TRAZADO POR EL ARQUITECTO PERALTA

